

# LAS LETRAS VENEZOLANAS EN LA OBRA CRÍTICA Y EN EL EPISTOLARIO DE DON JUAN VALERA: ANDRÉS BELLO, JUAN ANTONIO PÉREZ BONALDE, RAGAEI MARÍA BARLT Y JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

María José Flores Requejo<sup>1</sup>  
Università degli Studi dell'Aquila

---

## Resumen

En este ensayo se analizan las páginas dedicadas por Juan Valera (estudios críticos y epistolario) a algunos de los mayores representantes, en su época, de la cultura venezolana: Andrés Bello, Juan Antonio Pérez Bonalde, Rafael María Baralt y José Heriberto García de Quevedo. Las reflexiones de Valera, además de ofrecer numerosos detalles curiosos a los estudiosos de la literatura, permiten conocer la imagen que se tenía en la época de los autores venezolanos citados.

## Palabras clave

Valera, Bello, Pérez Bonalde, Baralt, García de Quevedo.

---

\* Fecha de recepción 20 de abril de 2014; fecha de aceptación 2 de febrero de 2015. El trabajo es fruto de un proyecto de investigación financiado por el "Dipartimento di Scienze Umane" (Università degli Studi dell'Aquila).

1. María José Flores Requejo es Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Extremadura. Desde hace años es profesora de Lengua y Literatura Españolas en la Università de L'Aquila. Entre sus publicaciones María José Flores e Luis de Llera, *Los nacionalismos en España. Historia y literatura: 1868-1936*, Testi i Manuali, Dipartimento di Scienze Filologiche e Storiche dell'Università degli Studi di Trento, Trento, 1991, pp. 65-158, cronología pp. 159-173, bibliografía pp. 185-196. *La obra poética de Caballero Bonald y sus variantes*, Editora Regional de Extremadura-Universidad de Extremadura, Mérida-Cáceres, 1999; *Ramiro de Maetzu y Whitney: un intelectual herido por España*, Unipress, Padova, 2002; *Los marcadores del discurso en el español peninsular y sus equivalencias en italiano*, 1. *Estructuradores de la información, conectores, reformuladores y operadores discursivos*, Aracne Editrici, "Terra Iberica", collana diretta da Patrizia Botta, Roma, 2008; *Los marcadores del discurso en el español peninsular y sus equivalencias en italiano*, 1. *Estructuradores de la información, conectores, reformuladores y operadores discursivos*. Segunda edición revisada y ampliada, Aracne Editrice, Roma, 2012; *Estudio de los marcadores bueno, bien y vamos y de sus equivalencias en italiano*. *Los marcadores del discurso en el español peninsular y sus equivalencias en italiano* 2, Editrice L'Una (Casa Editrice Univ. L'Aquila), 2012.



# VENEZUELAN LITERATURE IN JUAN VALERA'S CRITICAL WORKS AND EPISTOLARY: ANDRÉS BELLO, JUAN ANTONIO PÉREZ BONALDE, RAFAEL MARÍA BARALT Y JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

## Abstract

In this essay, I analyze Juan Valera's writings on the major representatives of his epoch's Venezuelan culture (drawn from his epistolary and a variety of critical studies): Andrés Bello, Juan Antonio Pérez Bonalde, Rafael María Baralt and José Heriberto García de Quevedo. Valera's reflections, aside from offering numerous curious details, allow us to learn much about the reputation then enjoyed by the above-mentioned Venezuelan authors.

## Keywords

Valera, Bello, Pérez Bonalde, Baralt, García de Quevedo.

“Para Pina Buono, con mi abrazo y mi recuerdo emocionado”

## 1. Don Juan Valera y la literatura hispanoamericana

Dotado de una gran apertura intelectual y de una extraordinaria cultura, además de ser el más cosmopolita de los escritores españoles de su época (por talante propio y por su dedicación a la carrera diplomática)<sup>2</sup>, don Juan Valera y Alcalá Galiano mostró siempre un gran interés y preocupación por la América hispana y por su futuro,

---

2. Ver M. J. Flores Requejo, “La cultura de la Restauración”, en *La cultura española del siglo XIX. Literatura y pensamiento*, J. Andrés-Gallego y L. de Llera Esteban (coordinadores), Ediciones 19, Madrid, 2014, pp. 407-410.



que sentía como propios<sup>3</sup>, y convencido también de que entre las Españas, entre España y sus ex-colonias, existía una “cierta unidad de civilización que la falta de unidad política” no había destruido (una “unidad superior de la raza”<sup>4</sup>), y de que cuanto se escribía en español, “en ambos mundos”, era literatura española (como afirmó en numerosas ocasiones, y tendremos ocasión de ver), además de considerar que sólo gracias a su relación con la metrópoli las literaturas de los distintos países hispanoamericanos podían alcanzar su unidad como literatura general hispanoamericana<sup>5</sup>.

Con este espíritu y convicciones, Valera sostuvo siempre la gran fecundidad del mundo cultural y literario de la América hispana coeva, como afirma con contundencia en 1887, en una de sus polémicas (era un gran batallador dialéctico y con tendencia a llevar la contraria) con doña Emilia Pardo Bazán, cuando ésta publica su célebre estudio sobre la novela rusa<sup>6</sup>: Valera disiente de la “excesiva” importancia concedida por doña Emilia a tal literatura, al tiempo que le recrimina la imagen que ofrece de las literaturas europeas<sup>7</sup>, así como su olvido, y es lo que aquí más interesa, de las hispanoamericanas:

De los infelices hispanoamericanos no dice usted palabra. [...], a pesar de la postración, discordias civiles y anarquías y tiranías de aquellas repúblicas, ¿las considera usted sin pensamiento y sin voz? ¿Cree usted que ni en Méjico, ni en Buenos Aires, ni en Chile, ni en Bogotá se inventa, se

3. Ver L. Romero Tobar, “Valera ante el 98 y el fin de siglo”, en *El camino hacia el 98 (Los escritores de la Restauración y la crisis de fin de siglo)*, L. Romero Tobar (ed.), Visor, Madrid, 1998, pp. 91-116, p. 91.

4. En la dedicatoria que hace Valera a Cánovas de sus *Cartas americanas* (1889) afirma: “así los pueblos de América española como los de esta Península, [...] piensan en reanudar sus antiguas relaciones, en estrechar y acrecentar su comercio intelectual y en hacer ver que hay en todos los países de lengua española cierta unidad de civilización que la falta de unidad política no ha destruido. / Así va concertándose algo a modo de liga pacífica. Para los circunspectos y juiciosos es resultado satisfactorio el reconocer que la literatura española y la hispanoamericana son lo mismo. Contamos y sumamos los espíritus, y no el poder material, y nos consolamos de no tenerlo. Todavía, después de la raza inglesa, es la española la más numerosa y la más extendida por el mundo, entre las razas europeas.”, J. Valera, *Obras completas III*, Aguilar, Madrid, 1958, p. 213.

5. Dice así Valera: “Porque las literaturas de Méjico, Colombia, Chile, Perú y demás repúblicas, si bien se conciben separadas, no cobran unidad superior y no son literatura general hispanoamericana sino en virtud de un lazo para cuya formación es menester contar con la metrópli.”, *ibídem*.

6. Doña Emilia Pardo Bazán pronunció en 1887 un ciclo de tres conferencias en el Ateneo (pronto publicadas en forma de libro: *La revolución y la novela en Rusia*) en las que destacó la relevancia de la novela rusa y su carácter espiritualista ruso como uno de sus méritos más singulares.

7. Afirma al respecto Valera: “Justo es conceder que en el concierto de las naciones cultas de Europa se nota y distingue desde hace poco una voz más: la voz rusa; pero no que esta voz es la de la *prima donna*, la cual canta un aria estupenda y que todos hemos enmudecido para oírla. / Casi nos pinta usted a las naciones europeas intelectualmente decaídas. Yo veo lo contrario: nunca gozaron de más brillante florecimiento intelectual.”, J. Valera, *Obras completas II*, Aguilar, Madrid, 1961, p. 709.



discurre, ni se escribe nada de provecho? Al menos Caro, Bello, Olmedo, Mármol, Bonalde, Montes de Oca, ¿no han escrito nada que pueda competir con Puschkin? Recia pretensión es la de usted de que todo pueblo o descendiente de europeo enmudezca o muera mentalmente, para que sólo el ruso viva o hable.<sup>8</sup>

Y lo volverá a afirmar con idéntica contundencia dos años más tarde, con un orgullo que creo que no sería errado considerar “patrio”:

La América española dista mucho de ser mentalmente infecunda. / Desde antes de la independencia compite con la metrópoli en fecundidad mental. En algunos países, como Méjico, se cuentan los escritores por miles, antes que la República se proclame. Después, y hasta hoy, la afición a escribir y la fecundidad han crecido. En ciencias naturales y exactas, y en industrias y comercio, la América inglesa, ya independiente, ha florecido más<sup>9</sup>; pero en las letras es lícito decir sin jactancia que, así por la cantidad como por la calidad, vence la América española a la América inglesa. / Tal vez se acuse a la América española de exuberancia en la poesía lírica<sup>10</sup>; pero ya se advierten síntomas de que esto habrá de remediarse, yendo parte de la sabía que hoy absorbe el lirismo a emplearse en vivificar otras ramas del árbol del saber y del ingenio. La crítica, la jurisprudencia, la historia, la geografía, la lingüística, la filosofía y otras severas disciplinas cuentan en América con hábiles, laboriosos y afortunados cultivadores. Baste citar, en prueba, y según acuden a mi memoria, los nombres de

8. *Ivi*, p. 712.

9. Se trata de una cuestión a la que fue siempre muy sensible Valera (gran defensor de lo hispano), que en más de una ocasión reflexiona por escrito sobre el tema, y valga como muestra el siguiente ejemplo: “Harto estoy ya de oír que el porvenir del mundo es de la raza anglosajona, la cual, en América, da clara muestra de que entiende de todo, de que vale para todo y de que sabe gobernarse, mientras que la raza española, ibérica, latina o como nos convenga llamarla, ofrece muy triste espectáculo, y da, por todo el Nuevo Mundo, y claro está que también por el antiguo, lastimoso testimonio de su incapacidad y desgobierno. Sube el yanqui a la cima de la montaña y el hispanoamericano se queda al pie, rezagado y en situación miserable”. Una situación para la que da las siguientes razones: “pero no se cuenta, al decir esto, con no pocos factores, empezando por la fortuna, que no puede negarse que existe [...]. Valga además, en defensa de nuestra raza, otra razón que nadie tildará de metafísica ni de alambicada. El yanqui ha subido a la altura porque sin asomo de piedad, y para ir más ligero, ha dejado tras de sí todo lo que le estorbaba, mientras que el hispanoamericano sube con dificultad, porque va cargado con el indio, a quien considera como a su hermano y como a su igual, uniendo con él sangre, vida y destino. La empresa, pues, del hispanoamericano es mil veces más ardua; ha de tardar mucho más tiempo en llevarse a cabo; pero no es imposible que se logre. Y si algún día se lograra, ¿cómo negar que sería también mil veces más humana, más generosa y más digna de alabanza?”, *ibidem*, pp. 905-906.

10. En carta a Menéndez Pelayo será él mismo el que haga tales acusaciones (ver J. Valera, *Correspondencia*, Volumen VI, edición de L. Romero Tobar (ed.), M. Á. Ezama Gil y E. Serrano Asenjo (directores), Castalia, Madrid, 2007, p. 107); mientras que, y se trata de una “contradicción” muy de Valera, en otra de las *Nuevas cartas americanas*, había afirmado: “Poesía lírica, así en España como en toda la América hispanoparlante, sigue escribiéndose con profusión. Yo, sin embargo, no lo lamento. Para que se escriba algo bueno es menester que se escriba mucho malo, y lo que es peor que malo, mucho insignificante.”, J. Valera, *Obras completas III*, op. cit., p. 491.



Alamán, Calvo, García Icazbalceta, Bello, Montes de Oca, Rufino Cuervo, Miguel Antonio Caro, Arango y Escandón, Francisco Pimentel, Liborio Cerda y Juan Montalvo.<sup>11</sup>

Un florecimiento intelectual, no sólo de la amena literatura, del que dará cuenta (aunque de forma no sistemática, porque así era él), en muchas páginas de su obra crítica, entre las que destacan sus célebres *Cartas americanas* (1889) y *Nuevas cartas americanas* (1890), recopilaciones de artículos (en su mayor parte reseñas de libros y noticias literarias) publicados originalmente en *El Imparcial*, que alcanzaron un inmediato y gran éxito en la época (fueron copiados y publicados en importantes y numerosos periódicos hispanoamericanos<sup>12</sup>), lo cual enorgulleció y animó no poco a un Valera a menudo descontento de su propia obra y siempre necesitado de estímulos que le ayudaran a salir de su abulia; además de ser una no desdeñable ayuda pecuniaria para un escritor perennemente aquejado de esa “dolencia crónica” que denominaba, con su gracia habitual, “sindineritis”<sup>13</sup>. Se trató, con todo, de un éxito no exento de polémicas en España (se acusó a Valera de una más que generosa benevolencia de juicio<sup>14</sup>, algo que, por otro lado, él mismo reconoce, aunque ello no iba, a su juicio, en desmérito de los escritores hispanoamericanos<sup>15</sup>), y debido, en parte, a razones

11. J. Valera, *Obras completas III*, op. cit., p. 213.

12. Como el propio Valera declara en carta a Menéndez Pelayo (Madrid, 27 julio de 1988): “Aunque están en suspenso las *Cartas americanas*, no desisto de seguir escribiéndolas, tanto más cuanto que hacen efecto en América y los periódicos de por allá las copian y aun contestan a ellas con largos artículos, de los cuales hay dos curiosísimos de Dosamantes y dos muy discretos y bien escritos de D. José Rivas Groot, de Bogotá.”, J. Valera, *Correspondencia*, Volumen V, edición de L. Romero Tobar (ed.), M. Á. Ezama Gil y E. Serrano Asenjo (directores), Castalia, Madrid, 2006, p. 69, ver también p. 75.

13. En los siguientes términos escribe Valera al barón de Greindl (Madrid, 20 de junio de 1889) sobre esta cuestión: “Mucho me alegro de que hayan divertido Vd. las *Cartas americanas*. / Yo escribo siempre por afición a escribir; pero me lleva también a ello otro motivo. Las rentas de mi mujer, mi caudalejo enteramente perdido por mi abandono, y mi sueldo de consejero que es de 13.500 pesetas al año, no basta para nuestros gastos, y es menester acudir a la literatura. Las novelas serían lo que me darían más, pero no se me ocurren novelas o no tengo paciencia y fe para escribirlas. / Estos artículos, cartas y otros escritos breves tienen la ventaja de que los escribe uno antes de que la crítica descontentadiza crezca y se fortifique lo bastante en el fondo de alma para ahogar allí la producción literaria antes de nacida. Por eso escribo artículos, aunque producen mucho menos que las novelas. / Las *Cartas americanas* me valen 60 pesetas cada una por su invención en *El Imparcial*, y hasta ahora 1.250 pesetas que me ha dado el editor por la 1ª serie en tomo.”, *ibidem*, pp. 156-157.

14. Así lo hizo, por ejemplo, Leopoldo Alas, Clarín, como ha recogido M. C. Carbonel, que da cumplida cuenta de su recepción en la España de la época, “Juan Valera y las letras americanas”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 665, 2005, pp. 29-38.

15. En carta al barón de Greindl (Madrid, 6 de enero de 1889) comenta Valera: “los hispanoamericanitos de todas partes me escriben y me envían sus libros. Aunque yo los trato con indulgencia, no crea Vd. que es despreciable todo lo que escriben. Hay en la América española autores, en mi sentir, de bastante valer, y en algunas repúblicas, como la Argentina y Chile, se



que iban más allá de las puramente literarias, y que nos ofrecen otra interesante dimensión de la labor crítica y de difusión de la literatura hispanoamericana llevada a cabo por Valera, como él mismo indica explícita y orgullosamente, cuando dedica sus *Nuevas cartas americanas* al “excelentísimo señor don Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador”:

Aunque mi propósito al escribirlas es puramente literario, todavía, sin proponérmelo yo, lo literario trasciende en estos asuntos a la más alta esfera política. / La unidad de la civilización y de la lengua, y en gran parte de la raza también, persiste en España y en esas repúblicas de América, a pesar de su emancipación e independencia de la metrópoli. Cuanto se escribe en español en ambos mundos es literatura española<sup>16</sup>, y, a mi ver, al tratar yo de ella, propendo a mantener y estrechar el lazo de cierta superior y amplia nacionalidad que nos une a todos.<sup>17</sup>

## 2. Don Juan Valera y la literatura venezolana

Sea como fuere, y volviendo a nuestro tema, se trata de artículos (me refiero a los incluidos en *Cartas americanas* y en *Nuevas cartas americanas*) en los que no se ocupa Valera de la literatura venezolana, quizá porque eran la respuesta crítica al recibo de libros (“Las dirijo a autores que me han enviado sus libros.”<sup>18</sup>), que quizá no recibiera de Venezuela, y podría ser una prueba de ello el hecho de que, en las numerosas cartas privadas en las que comenta su éxito, no haga nunca referencia a esta nación, ni a los periódicos venezolanos, y valgan como muestras las siguientes líneas, dirigidas, en dos ocasiones distintas, al barón de Greindl: “y salen insertas en periódicos de Nueva York, Méjico, Bogotá, Buenos Aires, Lima, Santiago y Valparaíso.”<sup>19</sup>; “Mis cartas americanas divierten e interesan a los ex-conciudadanos ultramarinos, y llueven sobre mí libros de por allá que recibo casi de

---

columbra un porvenir brillante.”, J. Valera, *Correspondencia*, Volumen V, op. cit., p. 128.

16. Como reiterará Valera en otras ocasiones, y valga la siguiente (en la que cita a dos de los autores que estamos examinando) como ejemplo: “para todo español toda buena obra literaria hispanoamericana forma parte del tesoro de nuestra propia literatura. / Bien lo hemos demostrado en la hospitalidad cariñosa y en el alto favor con que hemos recibido y ensalzado entre nosotros a los egregios o estimables ingenios que América nos ha enviado, como Ventura de la Vega, José Heriberto García de Quevedo y Rafael María Baralt.”, J. Valera, *Obras completas III*, op. cit., p. 427.

17. *Ivi*, p. 313.

18. *Ivi*, p. 213.

19. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen V, op. cit., p. 128.



diario por el correo, ya de Colombia, ya de Chile, ya del Perú, ya de Montevideo y Buenos Aires, ya de México.”<sup>20</sup>.

Pero las letras venezolanas del periodo, o mejor, algunos de sus más destacados protagonistas, están muy presentes en su importante obra crítica<sup>21</sup>, así como en su epistolario, ya que Valera, hombre de mundo y muy amigo del trato social, mantuvo relaciones de amistad, contraídas en su juventud, con Rafael María Baralt y con Heriberto García de Quevedo (a los que dedica, entre otras páginas, sendas “Notas biográficas y críticas”), conoció, en su estancia como diplomático en Washington, a Juan Antonio Pérez Bonalde, y, de haber tenido ocasión, seguramente habría sido un devoto amigo de don Andrés Bello, por quien mostró siempre una profunda admiración y respeto, como tendremos ocasión de ver<sup>22</sup>.

Figuras, como apuntaba, sobre las que reflexiona Valera en su obra ensayística, siendo muy interesantes, al respecto, dos amplias reseñas, no exentas de cierta polémica, sobre dos importantes volúmenes dedicados a la literatura española e hispanoamericana que no hacía mucho que se habían publicado cuando los reseña Valera. Las obras a las que me refiero son: *La poésie castillane contemporaine (Espagne et Amérique)*, de Boris Tannenber<sup>23</sup>, que aparece en 1889<sup>24</sup>, y el tercer tomo de *La literatura española en el siglo XIX. Las literaturas regionales y la hispanoamericana*, del padre agustino fray Francisco Blanco García, publicado siete años más tarde, en 1896.

20. *Ivi*, p. 146.

21. Como indica M. Bermejo Marcos: “A lo largo de más de sesenta años de lector infatigable, brotaron de su pluma cientos de artículos y ensayos [...] siempre movido por la generosa necesidad de ayudar, con sus consejos y su experiencia, al lector tanto como al autor. Autores y lectores no sólo de España, sino de las diecinueve repúblicas de la América Hispana.”, *Don Juan Valera, crítico literario*, Gredos, Madrid, 1968, p. 18.

22. Valera hace también algunas referencias, aunque de menor entidad, en su obra crítica y en su epistolario, a otros venezolanos ilustres, entre ellos, a Antonio Ros de Olano, Julio Calcaño y Montes de Oca.

23. Sobre el que hipotiza Valera: “un joven que vive en París, que escribe en francés y que ha de ser súbdito ruso, de origen alemán, si rastreamos su nacionalidad por el nombre y el apellido.”, J. Valera, *Obras completas II*, op. cit, p. 784.

24. Un volumen —el primero de una trilogía— que Valera considera muy apreciable por su contribución a la difusión de la poesía en español: “A pesar de la excesiva dureza de algunos juicios, de lo incompleto de otros, y de las omisiones poco perdonables, las letras españolas deben agradecer bastante al señor Tannenber”, *ibidem*, p. 787; porque dar a conocer la poesía española en Francia era como darla a conocer en todo el mundo (“Se propone este joven dar a conocer en Francia, y por consiguiente por todo el mundo, nuestra literatura de este siglo”), *ibidem*, p. 784.



En esta última obra, la tercera de una trilogía que alcanzó un cierto éxito en su momento<sup>25</sup>, y sobre la que Valera muestra ciertas reservas por lo que se refiere a la literatura hispanoamericana<sup>26</sup>, si bien reconoce su valor como crítica a la obra de autores aun vivos por entonces<sup>27</sup>, el padre Blanco García dedica a Venezuela unas páginas que provocan el siguiente comentario de Valera:

En el capítulo sobre Venezuela<sup>28</sup> enumera multitud de autores, pero no expone sobre ellos detenido juicio. Dice, en general, que han cultivado la crítica, la novela y otros géneros literarios, si bien los más se dedican con predilección a la poesía lírica, imitando en el día, ya a Bécquer, ya a Núñez de Arce. Se detiene, no obstante, y hace cumplido y justo elogio de los hermanos José María y Aristides Rojas, por sus trabajos sobre la historia literaria y política de su país; de don José Pérez de Bonalde, por su traducción del cancionero de Enrique Heine; de Miguel Sánchez Pesquera, por su poesías originales y por su bella traducción de *El velado profeta de Korasán*, de Tomás Moore; y, sobre todo, de don Andrés Bello, a quien ensalza como poeta original, como esmerado y primoroso traductor del *Orlando enamorado*, de Boyardo, y de varios poemas de

25. En 1899 apareció una segunda edición del primer volumen (Sáenz de Jubera Hermanos, Editores, Madrid), en cuya "Advertencia" se indica: "Agotados hace tiempo los dos primeros volúmenes de esta obra, ha parecido necesario reimprimirlos para corresponder a los deseos del público, manifestados en la demanda continua de ejemplares.", sin n.p.

26. Comenta al respecto Valera: "La producción literaria hispanoamericana es ya mucha y requiere para conocerla, estudiarla y juzgarla bien, mayor detención y más extenso escrito que los que el padre Blanco García le consagra. Hasta la dificultad de tener a mano en España los suficientes libros impide que se escriba entre nosotros una historia general completa de aquella literatura. / Por algo equivalente a dicha historia general pueda quizá tenerse la colección reunida de los varios prólogos e introducciones con que don Marcelino Menéndez y Pelayo ha ilustrado y enriquecido la antología de poetas líricos hispanoamericanos, hecha recientemente por tan docto literato, y publicada por orden y a expensas de la Real Academia Española.", J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 897.

27. En una de sus *Nuevas cartas americanas* comenta Valera al respecto: "Hace ya tres años que aparecieron los dos primeros tomos de esta obra. El tomo tercero ha aparecido recientemente. En este tomo tercero trata el padre con bastante extensión de las literaturas regionales, catalana, gallega y bable, hasta nuestros días, y más ligeramente de todas las literaturas hispanoamericanas, que no podemos menos que considerar en España como parte de la española. / Sin duda, los prólogos o introducciones que don Marcelino Menéndez y Pelayo ha puesto a los cuatro tomos de la *Antología de poetas hispanoamericanos*, publicada por la Real Academia Española, llevan gran ventaja a la obra del padre agustino, como historia literaria de toda la América hispanoparlante; pero el libro del padre, aunque en breve resumen, completa el del señor Menéndez, quien sólo habla de los muertos, mientras que el padre Blanco García habla también de los vivos y llega hasta el momento presente.", J. Valera, *Obras completas III*, op. cit., p. 460.

28. Creo que Valera, que no en vano conocía, como pocos, el arte de la diplomacia, ha preferido obviar el fragmento con el que el padre Blanco encabeza el capítulo sobre Venezuela, que habría podido molestar a más de un venezolano: "A pesar de los múltiples elementos de progreso reunidos en la antigua Capitanía General de Caracas durante los últimos años de la dominación española, no fue allí por entonces la producción literaria ni muy abundante ni muy selecta", F. Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX. Parte tercera: las literaturas regionales y la hispanoamericana*, Sáenz de Jubera Hermanos, Editores, Madrid, 1896, p. 321.



Byron y de Víctor Hugo<sup>29</sup>, como gran filósofo, como publicista y como eruditísimo investigador de nuestra historia literaria.<sup>30</sup>

Y por esta extraordinaria figura empezaremos nuestro breve recorrido.

### 2.1. *Don Andrés Bello: el poeta de la naturaleza*

Los elogios del padre García Blanco a la poesía de Bello reflejan la opinión que del gran autor venezolano se tenía en la época, en la que era considerado uno de los mayores poetas de la lengua española. Así se le reputa también en el estudio de Boris Tannenberg citado, y sobre el que comenta Valera:

Después de haber hablado de los poetas principales, o de los que él cree principales en la Península, el señor Boris de Tannenberg consagra la segunda parte de su libro a los poetas hispanoamericanos. / Olmedo y Bello van al frente de todos, y esto no hay quien lo dispute. El libro trata de poetas contemporáneos, y no de los de otras edades. / Sin duda que, entre los poetas contemporáneos de la América española, Olmedo y Bello son los primeros. [...]. Pero Bello, a quien el señor Tannenberg pone en segundo lugar, es por sí, e independientemente de las circunstancias<sup>31</sup>, el

29. Con las siguientes palabras comenta este aspecto de la obra de Bello el padre Blanco: “Bello, quien, acaso por haber llegado, en la última época de su vida, a adquirir plena conciencia de lo que podía y de lo que no podía hacer su numen poético, lo aplicó con asiduidad a la versión esmerada de obras ajenas que le daban ya dispuesto el material, encargándose él de elaborarlo primorosamente. Eso hizo con *El Orlando Enamorado*, de Boyardo, con algunos poemas de Byron y con *La oración por todos*, *Moisés en el Nilo*, y otras poesías de Víctor Hugo, a pesar de que el espíritu y los procedimientos del gran lírico francés nada tienen en común con la parsimonia y la severidad clásica del intérprete, que, huyendo del servilismo de la letra, modifica el texto original y se atiene sobre todo a la fidelidad íntima y psicológica.”, *ibidem*, p. 324.

30. J. Valera, *Obras completas III*, op. cit., p. 899. El padre Blanco ofrece, además, en nota, una amplia biografía de Bello y una cumplida bibliografía sobre su obra.

31. Para Valera, como afirmó en más de una ocasión, y esta es una de ellas, “La popularidad, la inmortalidad y la gloria parecen producto de dos factores. Uno es el valer de la persona que las adquiere, y otro las circunstancias”. Circunstancias literarias, o “causa externa de la inspiración”, muy “favorables” las que encuentra Olmedo, y en las que se desenvuelve, lo que hace que, a juicio de Valera, y por las circunstancias, insisto, sea el primero de los poetas hispanoamericanos: “[...], tal vez Olmedo es mucho más dichoso [...] por el asunto y por las circunstancias o causa externa de su inspiración. Olmedo tiene un héroe personal y vivo que cantar [...]. El resultado de la acción que canta Olmedo es también mucho más trascendente [...], después de las batallas de Junín y de Ayacucho se alzaron sobre sus sangrientos laureles varias independientes repúblicas, que, a pesar de no corto período de anarquía, dictaduras y guerras civiles, tienen muy brillante porvenir, cuya luz y cuya hermosura, conforme van disipándose las nubes, se columbran en el horizonte. / Con esto crece y seguirá creciendo la gloria de Bolívar, y toda aumentará la de su cantor, reflejándose en él. / En el origen de varias nacionalidades que, evidentemente, se puede ya augurar que serán grandes, hay un héroe que más que nadie concurre a crearlas y hay un poeta que le ensalza en un canto. La resonancia de este canto será mayor y su inmortalidad más segura cada día. Aunque el canto no fuese muy bueno, la crítica no se atrevería a decirlo. Olmedo, pues,



primero de estos poetas. Bello es, además, uno de los más notables poetas de lengua española en el siglo presente. / Bello, por último, es más, en mi sentir. Por el pensamiento, está a la misma altura que Bolívar por la acción. / Es el legislador, el gran maestro, el difundidor de la cultura en la América del Sur, [...]. Con su mucho saber, su recto juicio y su actividad incansable, sirvió de guía y preparó glorioso porvenir a los nuevos estados, y a Chile sobre todo. / Merecidas son las extraordinarias alabanzas que han dado a Bello don Miguel Luis Amunátegui, en el extenso e interesante libro que escribió sobre su vida, y nuestros ilustres literatos y críticos Hartzenbusch, Cañete y Menéndez Pelayo<sup>32</sup>. / El insigne Tamayo y Baus, secretario perpetuo de la Real Academia Española, califica a Bello, en el *Resumen de las actas* de dicha corporación, de *fecundo escritor, consumado filólogo y altísimo poeta*.<sup>33</sup>

Y aunque Valera disiente en parte del método de Tannenberg (¿cómo separar en Bello la poesía, la vertiente creativa, de la intelectual?)<sup>34</sup> afirma: “el señor de Tannenberg juzga bien a Bello; acierta en la elección de los mejores trozos que cita de sus poesías, y traduce estos trozos con toda fidelidad y con bastante arte, para que pueda traslucirse su hermosura, despojada del ritmo y de la dicción poética y en llana prosa francesa.”. Comentario tras el cual entra en un tema muy de su gusto: la defensa de la originalidad de algunos poetas de lengua española a los que la crítica consideraba imitadores de autores extranjeros, como, por ejemplo, Byron<sup>35</sup>, o Chénier, como en este caso:

---

va con razón a la cabeza de todos los poetas hispanoamericanos.”, *Ivi*, pp. 788-789.

32. Sólo una peca parece encontrar Valera en don Andrés Bello: la censura que éste hizo de la traducción de Horacio realizada por Javier de Burgos: “Más que como personaje político, y más que como poeta original, es célebre por su completa traducción de Horacio, censurada por muchos críticos, entre quienes sobresale don Andrés Bello, pero encomiada por otros con más razón, y con mayor imparcialidad, sin duda, aunque tal vez algunos, como don Marcelino Menéndez y Pelayo, vayan más allá de lo justo en el encomio.”, *Ivi*, p. 1271.

33. *Ivi*, pp. 788-789.

34. Comenta al respecto Valera (téngase en cuenta que, como se ha indicado, se trata de una obra en tres tomos): “La consideración del mérito y de la importancia de don Andrés Bello, como publicista, como preceptor, como sabio y como gramático, me inclina a dudar, si bien con timidez, del tino en la elección del método en el señor de Tannenberg para dar a conocer fuera de España la literatura española. Hablar de poetas líricos en un tomo, de novelistas en otro, y en otro de dramáticos, es dar a conocer a los hombres a pedazos, digámoslo así. Tendrá el señor de Tannenberg, al hablar del teatro, por ejemplo, que hablar de nuevo de Quintana y de Zorrilla, y entre tanto, no ha podido decir, en su tomo sobre la poesía lírica, cuanto hay que decir de Quintana y de Zorrilla. Bello, aunque no es ni novelista ni muy notable poeta dramático, queda también hartamente incompletamente tratado como poeta lírico sólo.”, *Ivi*, p. 789.

35. Algo de lo que fue acusado Espronceda, y que discute Valera, ver *Ivi*, pp. 1499-1500.



Lo que me parece más imaginado que real es que Bello, en *La agricultura de la zona tórrida* o en la *Alocución a la poesía*, haya pensado en imitar ni haya imitado a Andrés Chénier, cuyas obras, cuando Bello escribió sus composiciones, distaban mucho de tener la fama que hoy tienen. De todos modos, yo creo que Bello y Chénier sólo se parecen en la elegancia clásica del estilo, y por lo demás es coincidencia. El señor de Tannenberg, es cierto, no hace la comparación para rebajar a Bello. Antes le ensalza hasta donde no me atrevo a seguirle. “Bello –dice– ha sobrepujado infinitamente a Chénier en el género descriptivo, y es un escritor mucho más perfecto en castellano que Chénier en nuestra lengua. Sus silvas americanas, la segunda sobre todo, son modelos incomparables de dicción poética.”<sup>36</sup>

La pasión de Valera por Bello tiene raíces antiguas; ya en 1853, en una carta muy interesante para el tema que nos ocupa, dirigida a Serafín Estébanez Calderón, desde Río de Janeiro (fecha del 9 de marzo de 1853), al hilo de un comentario sobre el volumen antológico *América poética*, expresa don Juan un juicio entusiasta sobre el gran autor venezolano y sobre su poesía, y cita algunos versos del conocido poema “La agricultura de la zona tórrida”:

Ya he dicho a Vuestra Merced algo de estas poesías<sup>37</sup>, y aún diré más, aunque puede que Vuestra Merced las conozca, y yo nada diga de nuevo. / De la Avellaneda, de Heredia y del mulato Plácido no hablaré; pues en España todos saben de ellos lo que hay que saber, y los ponen en su lugar. Descuella entre los demás poetas americanos D. Andrés

36. *Ivi*, pp. 788-789. Sobre el tema de los modelos y de la originalidad de Bello afirma el padre Blanco García: “Así ocurre que las mejores poesías de Bello –pues no hay para qué fijarse en otras indignas de su pluma– están denunciando un género de arte erudito, propio de quien tenía trato familiar con la literatura clásica y las modernas, de quien llevaba en su memoria reminiscencias de innumerables modelos, tomando de sus lecturas conceptos e imágenes que hizo propios por la novedad del estilo. Las prolijas investigaciones de Don Miguel A. Caro y de Menéndez y Pelayo han puesto fuera de duda que Bello imitó a muchos autores, desde Horacio y Virgilio hasta Arriaza y Maury, y cualquiera nota en las más selectas estancias del poeta venezolano que no es la espontaneidad el carácter de su numen, ni muy viva la llama que lo enciende, antes bien, por todas partes se ve asomar la obra de la reflexión sabia e infatigable, que pule y abrillanta los versos, que dispone cuidadosamente los vocablos y busca la perfección de la forma, como ideal supremo y recompensa de sus afanes.”, *La literatura española en el siglo XIX. Parte tercera: las literaturas regionales y la hispanoamericana*, op. cit., pp. 322-323.

37. Valera está haciendo referencia a una carta que le había enviado con anterioridad, el 12 de febrero del mismo año, y desde la misma ciudad, Río de Janeiro: “Dejo, pues, para otro correo el hablar a Vuestra Merced de libros, literatos y poetas americanos. De estos últimos hay muchos de raza española, y algunos buenos y que manejan nuestro idioma con maestría y con gracia. ¿Conoce Vuestra Merced la *América poética*, publicada en Valparaíso en 1846? Es una gran colección de poesías españolas-americanas. Yo tengo un ejemplar, pero incompleto; me faltan dos entregas [...]. A más de las poesías de la Avellaneda, de Mármol, de Bello, de Heredia y de Sanfuentes, contiene las de otros 20 o 30 poetas más, y algunos no mocosos.”, J. Valera, *Correspondencia*, Volumen I, edición de L. Romero Tobar (ed.), M. Á. Ezama Gil y E. Serrano Asenjo (directores), Castalia, Madrid, 2002, p. 197.



Bello, de quien no dudo que Vuestra Merced ha de conocer el *Derecho internacional* y la *Prosodia castellana*. En Roma conocí al hijo de este sabio poeta, y, a lo que entiendo, será en lo futuro tan célebre y tan digno de serlo como su padre. Las poesías de D. Andrés son tersas, brillantes y puras como el cristal y el oro, ricas de imágenes, abundantes en doctrina, por el tono majestuosas, en el lenguaje castizas, y severas y moralmente bellas como de filósofo. Contienen descripciones magníficas de los primores naturales de estos países. Sirva de ejemplo lo siguiente:

Tú das la caña hermosa  
de do la miel se acendra,  
por quien desdeña el mundo los panales;  
tú en urnas de coral cuajas la almendra  
que en la espumante jícara rebosa;

bulle carmín viviente en tus nopales,  
que afrenta fuera al múrice de Tiro;  
y de tu añil la tinta generosa  
émula es de la lumbre del zafiro.  
El vino es tuyo que la herida agave  
para los hijos vierte  
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya  
que, cuando de suave  
humo en espiras vagorosas huya,  
solazará el fastidio al ocio inerte.  
Tú vistes de jazmines  
el arbusto sabeo,  
y el perfume le das, que en los festines  
la fiebre insana templará a Lieo.  
Para tus hijos la procerca palma  
su vario feudo cría;  
el ananás, sazón su ambrosía,  
su blanco pan la yuca,  
sus rubias pomos la patata educa,  
y el algodón despliega al aura leve  
las rosas de oro, y el vellón de nieve.<sup>38</sup>

38. *Ibí.*, pp. 199-200. Los versos citados pertenecen, como he dicho, al conocido poema “La agricultura de la zona tórrida” (compuesto de 374 versos, de los que Valera cita los que van del 18 al 43). Según los datos que ofrece la Biblioteca Virtual Cervantes, este poema fue publicado por primera vez en el *Repertorio Americano*, I. Londres, octubre 1826, pp. 7-18. De esta inserción derivan las demás publicaciones, numerosísimas, pues seguramente es el poema de Bello que más reediciones ha tenido. Formaba parte del plan de *Silvas Americanas*, como *Silva I*, plan irrealizado (nota al poema *Alocución a la Poesía*, p. 43, Comisión Editora, Caracas).



Una antología, *América poética*, y unos versos, de los que volverá a ocuparse en 1855, esta vez en un ensayo (en el que reúne los nombres de Baralt y de Bello, como se verá más adelante) acerca de la que considera poesía inspirada por la naturaleza:

Nuestros poetas hispanoamericanos también [como los brasileños] se han inspirado a veces muy enérgicamente en la hermosura de la Naturaleza de su país natal, y la han descrito en armoniosos y sentidos versos [...]. En la colección titulada *América poética*, que se publicó en Valparaíso el año de 1846, hay en este género composiciones muy dignas de alabanza; siendo, en mi entender, las mejores, el Canto al Niágara, de Heredia; los dos fragmentos “A las nubes” y “A la región intertropical”, del poema *El peregrino de mármol*, y, más que nada, por su notable corrección, primor y delicadeza, el poemita de Bello *A la agricultura de la zona tórrida*. No podemos menos de citar estos versos [se trata, de nuevo, de los vv. 18-43], que guardamos en la memoria.<sup>39</sup>

En esa memoria apasionada, y casi inevitablemente imprecisa<sup>40</sup>, en la que conservamos los versos que de verdad nos han seducido o impresionado; para Valera, versos del que consideraba, por encima de todo, un extraordinario poeta, uno de los mayores de la lengua española y, hasta ese momento, el mayor de los hispanoamericanos, como hemos visto, y podrían ofrecerse otros testimonios, por lo que, cuando propone su nombre para las lápidas de la Academia a Manuel Tamayo Baus, en carta fechada en Múnich el 20 de agosto de 1893, (“voy a contestar al punto a lo que Vd. tiene la bondad de consultarme sobre los 120 nombres inmortales, que han de grabarse en los muros de la futura morada de la Academia”), pedirá que se incluya a don Andrés Bello entre los poetas “Líricos, didácticos, satíricos, etc.”: “Garcilaso. Boscán. Herrera. Arguijo. Rioja. Rodrigo Caro. Baltasar del Alcázar. Góngora. Quevedo. Menéndez Valdés. Quintana. Martínez de la Rosa. Lista. Arriaza. Vargas Ponce. El Duque de Frías. Maury. Gertrudis Gómez de Avellaneda. A. Bello. Espronceda. Iriarte. Samaniego”<sup>41</sup>.

39. J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., pp. 32-33.

40. Los versos presentan numerosas variantes, respecto a los antes citados, lo que avala mi convicción de que, efectivamente, estaba citando de memoria. Las variantes afectan a los versos 3 (“por quien desprecia el mundo los panales”), 5 (“que en la espumosa jícara rebosa”), 14 (“humo en espiras vaporosas huya”), 21 (“su varío fruto cría”) y 26 (“sus rosas de oro y su vellón de nieve”); además, omite Valera los versos 23 y 24.

41. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen V, op. cit., p. 580.



## 2.2. Juan Antonio Pérez Bonalde y su traducción de Heine

Valera conoció a Juan Antonio Pérez Bonalde en su periodo americano (en 1884 Valera se encontraba en Washington, ejerciendo sus funciones diplomáticas, y Pérez Bonalde, que había tenido que abandonar su país por motivos políticos, residía en Nueva York). Un trato inicialmente epistolar, y surgido a raíz de la dedicatoria de una oda, según refiere el propio Valera a Menéndez Pelayo, en una carta en la que le recomienda que “valga” al amigo venezolano, que está a punto de emprender un viaje a Europa:

Mi querido amigo Menéndez: El Sr. Don Juan A. Pérez Bonalde es poeta americano de los mejores, a pesar de ciertas extravagancias filosóficas y religiosas y de ciertos resabios de mal gusto. Hace meses escribió la adjunta oda, que publicó, dedicándomela. Por eso entré en correspondencia con él. Vive Pérez Bonalde en Nueva York, donde ha publicado un tomo de poesías. / El 13 del corriente me escribió Pérez Bonalde diciéndome que se iba a Europa y que pasaría larga temporada en España. Me pedía cartas de recomendación para los literatos de ahí. Yo, distraído y preocupado en otros asuntos, he tardado en contestarle. No le contesté hasta ayer. Si él no ha retrasado su viaje, mi carta sólo le alcanzará en Europa; pero de todos modos le recomiendo encarecidamente a usted. Él irá a hacerle a usted una visita: válgale y preséntele. Si aun antes de su llegada ahí quiere usted darle a conocer, yo se lo agradeceré.<sup>42</sup>

Y, tras la vuelta de Pérez Bonalde a Nueva York (dos años más tarde, en 1886) debieron de tener un trato bastante frecuente, si hemos de creer a Valera cuando afirma que Bonalde le leyó muchas de sus traducciones de Heine, como refiere en carta al citado Menéndez Pelayo (Washington, 8 de enero de 1886): “Pérez Bonalde va a publicar pronto en Nueva York el *Cancionero* de E. Heine traducido por él en verso castellano. Me ha leído muchas, casi todas las traducciones. Son muy fieles. Enviaré a usted un ejemplar cuando la edición esté a la venta.”<sup>43</sup>.

42. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen IV, edición de L. Romero Tobar (ed.), M. Á. Ezama Gil y E. Serrano Asenjo (directores), Castalia, Madrid, 2005, p. 122.

43. *Ibidem*, p. 433. La popularidad de Heine en la época era altísima, y es buena muestra de ello el que casi contemporáneamente a la traducción de Bonalde apareciera otra en español, como recuerda Valera, para quien “recíprocamente se perjudicaron el venezolano Pérez Bonalde y el valenciano Teodoro Llorente, traduciendo ambos el *Cancionero* de Heine.”, J. Valera, *Obras completas III*, op. cit., p. 427. Y más significativo aún es que el citado padre Blanco García, en el segundo volumen de su estudio, dedique un capítulo, el IV, a “Traductores e imitadores de Heine”; a saber: “Florentino Sanz, Gil y Sanz, Fernández y González, Herrero, Llorente y Emilia



Unas traducciones que, precisamente por su fidelidad “en lo exterior”, no conquistaron a Valera<sup>44</sup>, amante de la traducción libre (“ya compendios, ya paráfrasis”), en buena medida porque el alma del poema, el *quid divinum*, no estaba, a su juicio, “en las palabras, sino en su agrupación misteriosa y artística, diversa en cada idioma”, y para quien la traducción ideal consistía en encontrar “en nuestro idioma forma que exprese lo mismo y que haga sentir y pensar lo mismo o mejor que lo que el autor original expresa, siente y hace sentir o pensar en su propio idioma.”, como comenta a Narciso Campillo, en una interesantísima carta enviada desde Washington, el 4 de febrero de 1886:

Mis *Ecos de América* me parece que quedarán en proyecto. Desisto de hacer traducciones, y le diré a usted por qué. Yo, tomando ideas expresadas en otro idioma, aspiro siempre a escribir una obra que parezca original y espontánea, y que guste a los españoles, como aquello de donde tomo o imito gusta, por ejemplo, a los alemanes, a los ingleses o a los yankees; pero resultará siempre de aquí que nunca dirán los compatriotas del poeta, a quien sigo, que yo lo he hecho tan bien o mejor que él; y que los críticos españoles, o por pedantería, o por rutina o por involuntario e invencible respeto, no lo dirán tampoco, antes me acusarán de infiel. Y por el contrario, encomiarán la fidelidad y exactitud de los traductores mecánicos y fieles, que traducen escrupulosamente, pero dejándose la gracia, el chiste, el *quid divinum* del original en el tintero. / Una carta-prólogo de Menéndez Pelayo a una traducción del *Cancionero* de Heine, hecha por Pérez Bonalde, y publicada en Nueva York, me ha acabado de convencer de esto que digo. Para mí la gracia, el primor, la elegante ligereza parisina, el hondo sentimiento judío-germánico, todo lo que hay en el *Cancionero* de Heine, se queda en alemán, y ni chispa de ello se traduce al traducir con exactitud las palabras, porque no está en las palabras, sino en su agrupación misteriosa y artística, diversa en cada idioma. Así es que el *Cancionero* de Pérez Bonalde, que el me leyó y que confieso no haber estudiado bien, me pareció, a primera vista, cosa insufrible. Al leerlo sin prejuicio, tiene que preguntarse el lector: ¡Caramba! ¿Será una filfa todo eso que dicen de que Heine es un gran poeta? ¿Cómo así, cuando todo esto, que es un trasunto fidelísimo de su obra, me parece frialdad, simpleza e inaguantable noñería? / Cuenta que yo no culpo a Menéndez Pelayo por sus encomios; él piensa en el original o en la traducción en prosa francesa y,

Pardo Bazán, Gustavo A. Bécquer, Puig Pérez, Ferrán, Ladevese, Sipos, Dacarrete, Palau, Mas y Prat, Sepúlveda.”.

44. En cambio, F. Blanco García considera a Bonalde “uno de los mejores intérpretes que ha tenido Heine en castellano”, *La literatura española en el siglo XIX. Parte tercera: las literaturas regionales y la hispanoamericana*, op. cit., p. 331.



añadiendo su espíritu poético y su buena voluntad, ve lindezas, aciertos, honduras y el sentido todo, que en la traducción no hay. Además, como Pérez Bonalde le dedica la traducción, Menéndez no había de decirle que era mala. / Pero, en fin, como quiera que ello sea, esta tal traducción, otras por el estilo, y los encomios que de ellas se hacen, me quitan toda gana de hacer otras traducciones, a mi modo, esto es, libres: ya compendios, ya paráfrasis, pero tratando siempre de encontrar en nuestro idioma forma que exprese lo mismo y que haga sentir y pensar lo mismo o mejor que lo que el autor original expresa, siente y hace sentir o pensar en su propio idioma. / Yo he puesto, por ejemplo, en castellano, unos versos de Whittier, titulados “Luz y tinieblas”. Creo que son de lo mejor que he hecho en mi vida. Ahora bien, yo sostengo que los versos de Whittier, traducidos con toda fidelidad, serían insufribles en castellano para todo aquel que no tuviese un gusto endiablado.<sup>45</sup>

Y volverá al tema, en una carta redactada en Nueva York (Valera había ido a Nueva York para hablar con los Appleton, que publicarán la traducción en inglés de *Pepita Jiménez*<sup>46</sup>), fechada el 26 de marzo de 1886, y enviada, precisamente, a Menéndez Pelayo, si bien, en este caso, Valera compensa sus críticas a la traducción (no puede callárselas ni siquiera con Pelayo que, como hemos visto, había prologado la edición, que Pérez Bonalde le había dedicado) con una serie de elogios, no sólo literarios, al escritor venezolano:

Anoche convidé a comer en un restaurant de aquí a un empleado (el que dirige lo español) de la casa de Appleton, [...], y a nuestro amigo Pérez Bonalde, que poetiza en sus ratos de ocio y se gana la vida en casa de un semi-boticario y semi-perfumista en grande, que hace píldoras y agua de olor y puede dar de sueldo al poeta cinco mil duros al año. Este acaudalado boticario ha costado la edición del *Cancionero* de Heine, que, como usted comprenderá, dejando a un lado su gratitud por la dedicatoria, no puede venderse a fuerza de ser la traducción fiel, al menos en lo exterior. / Póngase usted en el caso de que uno ignore que hubo Heine en el mundo y que Heine metió tanto ruido, y lea en seguida sin prevención los versos

45. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen IV, op. cit., pp. 442-443.

46. Dice al respecto Valera: “Mi querido amigo Menéndez: He venido aquí sólo para tratar con los Appleton y me vuelvo a Washington hoy mismo. A pesar de mi corta ventura para todo, empiezo a tener fundada esperanza de que voy a hacer negocio, no sólo para mí, sino para las Letras españolas en general. / Como ensayo y tanteo, los Appleton publicarán en inglés *Pepita Jiménez*. Aquí se lee de un modo feroz y se venden libros a centenares de miles. / Se hará, pues, una edición infinita, y tendré yo lo que llaman royalty, esto es, un tanto por ciento en cada tomo que se venda. / Si el ensayo o prueba sale bien, los Appleton seguirán publicando tomos y pagando a los autores españoles. Es casa poderosísima y muy emprendedora y codiciosa. Lo que ahora siento yo es haber empezado a entendernos con ella tan tarde.”, *Ivi*, p. 473.



bonaldinos, y apenas tendrá usted paciencia para leerlos. / Le parecerán la obra de un desmañado imitador de Bécquer, sin chiste, sin estilo poético y con rarezas y extravagancias tan tontas, que pensará usted que no tiene sano el juicio. / Claro está que está condenación mía cae principalmente sobre las cancioncillas cortas, cuyo primor, si le<sup>47</sup> hay en el original, estriba en cierto hechizo peculiar, idiomático, castizo, exclusivamente del alemán y que se esfuma y se evapora tanto más cuanto la traducción es más literal. En ciertas composiciones algo más extensas, en que hay descripción y narración, ya se entrevé en lo traducido al gran poeta, y aun la traducción misma es menos rastrera y prosaica; tiene a veces locución poética, como ‘El crepúsculo de los dioses’. Por lo demás, Pérez Bonalde es excelente sujeto. Tiene buen gusto, estilo y entusiasmo, y si se pone a hacer un *Cancionero* de su cosecha, saca en la mitad de tiempo otro mil veces mejor y de más agradable lectura que el que de Heine ha traducido, sobre todo para el que no sepa que todas aquellas noñerías son de Heine.<sup>48</sup>

A lo que añade Valera, con sus acostumbradas quejas acerca de la falta de lectores en España<sup>49</sup> y con su acostumbrado orgullo literario patrio: “Hablamos mucho, de sobremesa, de usted y de toda nuestra moderna literatura; muy por encima, como en Portugal, de nuestra importancia política y de nuestro público, que lee poco y compra menos. / Atendidas estas circunstancias, vale más nuestra literatura de hoy que casi la de todos los pueblos, menos quizá Francia y Alemania.”<sup>50</sup>

### 2.3. Rafael María Baralt y Heriberto García de Quevedo: dos escritores españoles

Para Valera, que tuvo relaciones de amistad con ambos autores, como comenté en su momento, Rafael María Baralt y Heriberto García de Quevedo debían considerarse españoles (razón por la cual les dedica sendas “Notas biográficas y críticas”, que reservaba para los autores españoles o que consideraba como tales). Y no era el único en pensarlo: sin ir más lejos, el padre Blanco García, como se habrá podido notar, no los cita al hablar de la literatura venezolana, según lo que nos refiere Valera, y la razón resulta ser la misma; dice así el padre agustino: “Debiendo prescindir aquí de Baralt, García de Quevedo y

47. Del léismo de Valera se hablará más adelante.

48. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen IV, op. cit., pp. 473-474.

49. Ver, por ejemplo, J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 495, y *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, M. Artigas Ferrando y P. Sáinz y Rodríguez (eds.), Compañía-Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1930, p. 181.

50. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen IV, op. cit., p. 474.



Ros de Olano, por haber incluido sus obras en el cuadro general de la literatura española en el siglo XIX, tócame dar a conocer a algunos imitadores de Zorrilla y Espronceda, a los representantes de las tradiciones clásicas y a los que posteriormente han seguido otros rumbos más o menos originales.”<sup>51</sup>

Fragmento no comentado ni referido por Valera, muy posiblemente porque se trataba para él, como para el padre Blanco, de un hecho indiscutible, que no necesitaba ni explicaciones ni justificación.

### 2.3.1. Rafael María Baralt

Valera y Baralt eran amigos ya en torno a 1850, cuando el primero contaba 26 años (según Manuel Lombardero, se conocían de las tertulias del Liceo<sup>52</sup>) y llegaron a compartir incluso un curioso proyecto de escritura dramática a cuatro manos, como refiere Valera a su padre, en una carta fechada en Madrid, el 6 de febrero de 1850:

Hemos arreglado Baralt y yo el escribir juntos un drama y ya tenemos medio forjado el plan. Veremos cómo sale. No se dirá el nombre de los autores hasta que lo aplaudan, si lo aplauden. El principal personaje de él será D. Juan I de Aragón a quien llamaban *el Amador de la gentileza*, y era una especie de Sardanápalo de buena ley. Ahora voy en busca de mi colaborador para ir a la Biblioteca Nacional a consultar sobre el asunto los *Anales de Aragón* de Zurita y los *Comentarios* de Blancas. Es menester cachaza y no desesperarse, si no, no haré nada.<sup>53</sup>

Pero es probable que las circunstancias de la vida, los viajes y estancias en países distintos, alejaran a los dos amigos y, aparte de algu-

51. F. Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX. Parte tercera: las literaturas regionales y la hispanoamericana*, op. cit., p. 329. El padre Blanco se ocupa de García de Quevedo en el primer tomo: en el capítulo IX “El Romanticismo en la poesía lírica (continuación)” y en el capítulo XIII “El drama romántico (continuación)”; y de Baralt en el segundo volumen, capítulo VII “El neoclasicismo en la poesía lírica”.

52. M. Lombardero, *Otro don Juan. Vida y pensamiento de don Juan*, Planeta, Barcelona, 2004, p. 53. Sobre Baralt comenta M. Lombardero: “Baralt, catorce años mayor que Valera, había nacido en Venezuela y en aquellas fechas desempeñaba el cargo de redactor en la *Gaceta de Madrid*; además ejercía como comentarista político en otros periódicos y publicaba algunas poesías; para el teatro nunca había escrito nada.”, *Ivi*, pp. 53-54.

53. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen I, op. cit., pp. 70-71. Proyecto frustrado (como tantos otros de Valera, sobre todo, en estos años de “formación”, incluido el de las *Cartas de un pretendiente*) según él mismo refiere, de nuevo en una misiva a su padre (Madrid, 8 de marzo de 1850): “Hago esfuerzos grandes para vencer mi esterilidad y aburrimiento y escribir algo, pero hasta ahora no he hecho sino fraguar el plan de un drama con Baralt y dejarlo sin hacer y empezar a escribir una novela titulada *Cartas de un pretendiente*, que, si sale bien, publicaré en el folletín de un periódico”, *Ivi*, p. 76.



nas referencias aisladas<sup>54</sup>, Valera no volverá a ocuparse de Baralt hasta después de la muerte de éste, cuando le dedica, como ya anuncié, una de sus notas biográficas y críticas, que, como la dedicada a Heriberto García de Quevedo, aporta no pocos datos curiosos para el estudioso de la literatura, además de ayudarnos, lo que posee más valor aún, a comprender la visión que se tenía de estos autores en la España de la época, de la que Valera se hace eco, amén de revelarnos mucho, por otra parte, del propio don Juan, como hombre, como escritor y como crítico.

Y este es el retrato que nos presenta de Baralt, autor “imprescindible” en la descripción del movimiento intelectual español de la época, y el primer autor hispanoamericano que llegó a ser “individuo de número” de la Real Academia de la Lengua española:

Es uno de los pocos poetas y literatos hispanoamericanos de los que no puede prescindir y necesita incluir entre los españoles quien escriba sobre la historia del movimiento intelectual de España o forme colección de nuestras mejores composiciones líricas. / Nació en Maracaibo el 7 de julio de 1810<sup>55</sup>. Hijo de la América del Sur, como Bello y Olmedo, nos pertenece, sin embargo, ya que por su propia voluntad se hizo ciudadano español, alcanzando en nuestra Península alta y merecida fama de escritor público y de versificador elegante y discreto; tomó parte en nuestras contiendas políticas, obtuvo y desempeñó empleos de no poca importancia y llegó a ser individuo de número de la Real Academia Española, donde leyó el día en que fue recibido la más digna de aplauso de cuantas son sus obras en prosa: el elogio del famoso don Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, cuyo sillón vacante vino a ocupar por elección muy justificada.<sup>56</sup>

Destaca Valera de don Rafael Baralt su condición de prosista, más que de poeta, y ello, más por el discurso académico que se acaba de citar (juicio en el que Valera coincide con Menéndez Pelayo) que por su famosa *Historia de Venezuela*, a la que, por otra parte, y según Valera,

54. Entre otras, recuerdo la carta a Latino Coelho (Madrid, 16 diciembre de 1853), en la que, a propósito de la *Revista Ibérica*, comenta Valera que Baralt le ha prometido un artículo sobre Garret, *ibidem*, p. 78; otra de las referencias a Baralt se encuentra en su reseña comentario a la *Antología de poetas líricos italianos*, de Estelrich (1889), en la que cita, entre los traductores de las composiciones italianas antologadas, a “Calcaño, Arango y Escadón, Baralt y otros.”, J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 793.

55. Según todas las fuentes, y recuerdo aquí el estudio de Rufino Blanco Fombona, Baralt nació el tres de julio, no el siete (R. Blanco Fombona, *Ensayos históricos*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981, p. 341). Se equivoca también Valera en la fecha de la muerte, que no fue el 4 de julio de 1860 (“Don Rafael María de Baralt murió en Madrid, el día 4 de julio de 1860”), sino el cuatro de enero de 1860.

56. J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 1354.



no debió su fama en la España de la época, que alcanzó, en cambio, gracias a su *Diccionario de galicismos*:

Baralt vale mucho más como prosista que como poeta. Su estilo como prosista ya formado, en 1841, antes que Baralt abandonase su patria, donde vivía y escribió una *Historia de Venezuela*, si no muy recomendable por lo profundo de las investigaciones y por lo nuevo y peregrino de las noticias en la parte antigua, digna del mayor encomio por la lucidez, amenidad y buen orden con que los sucesos todos están narrados, haciendo muy interesante y agradable su lectura<sup>57</sup>. El valer de la *Historia de Venezuela* queda, no obstante, muy por bajo del valer del ya citado discurso de recepción en la Real Academia, donde, [...] vuelve Baralt por los fueros de la ultrajada razón humana, y sin apartarse del recto camino, se eleva hasta la serena contemplación de las verdades metafísicas y trascendentales<sup>58</sup>. / La nombradía de Baralt como prosista no se funda, con todo, ni en dicho discurso filosófico ni en la mencionada *Historia de Venezuela*, apenas leída en España, ni en sus disertaciones y artículos políticos, no pocos de los cuales aparecieron anónimos y tuvieron efímera resonancia. Su nombradía o su popularidad la alcanzó Baralt, principalmente, como gramático o como filólogo. No fue hombre, como suelen ser muchos en el día, de muy variados y extensos conocimientos. Fue más bien como solían ser algunos literatos españoles de la primera mitad del siglo XIX: poseedor de escasa doctrina, pero cuidándola y cultivándola con esmero y sacando de ella bastante fruto. Si he de hablar con franqueza, yo creo que Baralt sabía poco, pero sabía bien lo poco que sabía.<sup>59</sup>

Como decía, al parecer la obra que de verdad dio fama en la España de la época a Baralt fue su *Diccionario de galicismos*, uno de sus dos grandes proyectos lexicográficos, junto al, frustrado, de escribir un diccionario etimológico<sup>60</sup>:

57. En carta al barón de Greindl (San Ildefonso, 26 de agosto de 1889): “De Venezuela hay una buena historia de Rafael María Baralt.”, J. Valera, *Correspondencia*, Volumen V, op. cit., p. 182.

58. Como decía, también Menéndez Pelayo es de la misma opinión: “La obra maestra de Baralt es, sin duda, su discurso de entrada en la Academia Española”, apud., R. Blanco Fombona, *Ensayos históricos*, op. cit., p. 342.

59. J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 1355.

60. Sobre el que comenta Valera: “Sin duda, no aumentó su buena reputación de filólogo la comenzada por él y sólo por corto tiempo seguida empresa de escribir y dar a la estampa el *Diccionario-Matriz* de la lengua castellana. [...], tengo yo por evidente que el *Diccionario* de Baralt hubiera podido ser un trabajo estimable. Su autor, si bien no sabía mucho de lenguas extrañas antiguas ni modernas, no se puede negar que era gran conocedor de su propio idioma castellano, y que estaba algo iniciado en las lenguas latina y francesa. Con esto, con su natural despejo, habilidad y juicio, y valiéndose para las etimologías de diccionarios franceses y latinos, bien pudo Baralt componer un *Diccionario etimológico* de la lengua castellana libre de errores y rico en vocablos y en atinada explicación de frases y giros.”, *ibidem*.



[...] dió mucha celebridad a Baralt y fue muy estimado y consultado su *Diccionario de galicismos*<sup>61</sup>, aunque a veces peque en él por sobrado celo purista<sup>62</sup>. [...]. Su *Diccionario de galicismos* merece, pues, estimación y aplauso, [...]. Una parte utilísima del diccionario de Baralt, parte en que muestra el autor su saber y su habilidad en el manejo de la lengua, es la sustitución del galicismo vicioso por la expresión propia o por el vocablo castizo. En hallar tal sustitución y en ofrecérmola es Baralt muy feliz a veces. Hasta cuando incurre en equivocaciones nos sirve e ilustra, retrayendo a nuestra memoria voces y frases muy castizas y pintorescas, aunque disten mucho de poder remplazar el galicismo que se condena. Así, pongamos por caso, cuando Baralt censura, con razón, que digamos hablando en castellano, *elegante négligé*, nada tendríamos que objetar si se sustituyese la expresión con la de *elegante descuido*, pero como la sustituye con la de *elegante trapillo*, no nos parece que va muy acertado porque el trapillo trae a la imaginación la pobreza y el desaseo, que nunca pueden ser elegantes. / Lo que principalmente se infiere, así del *Diccionario de galicismos* de Baralt, como de cuanto acerca de él dejamos expuesto, es que, si bien conviene evitar el galicismo en las palabras, conviene más evitarle en las cosas y en los pensamientos, ya que cuando los pensamientos y las cosas vienen de fuera, no debe extrañarse que traigan consigo las palabras que los significan.<sup>63</sup>

Sobre la poesía de Baralt, inferior a su prosa para Valera, como ya se ha visto (juicio en el que coincide, entre otros, con el citado Rufino Blanco Fombona<sup>64</sup>), destaca don Juan su neoclasicismo y su conci-

61. En “Revista de Madrid. Cartas al director de la Revista Peninsular” (1856), comenta Valera la publicación del “*Diccionario de galicismos*, que, a imitación, aunque más extensamente que el que escribió para los portugueses el señor don Francisco de San Luis, ha compuesto para los castellanos el señor don Rafael María Baralt, director de *La Gaceta* y literato muy entendido. Como nuestras lenguas son tan semejantes y es tan perfecto este diccionario, creo que el trabajo del señor Baralt puede servir de complemento al que ustedes tienen.”, *ibidem*, p. 70.

62. Una crítica que le dirigirá en otras ocasiones; por ejemplo, en carta a Leopoldo Augusto de Cueto (6 mayo de 1857), desde San Petesburgo, escribe Valera: “Me he dado también a *servir*, como diría el purista Baralt, a la condesa Zrevuska”, J. Valera, *Correspondencia*, Volumen I, op. cit., p. 520.

63. J. Valera, *Obras completas II*, op. cit, pp. 1.355-1.356. Como se verá, en sus comentarios a la obra de Heriberto García de Quevedo, se ocupa Valera de otros aspectos lingüísticos; cuestiones de indudable interés, pero que no trataré aquí por obvias razones de no pertinencia.

64. Dice así R. Blanco Fombona: “En cuanto a letras, España, que le hizo el bien de proporcionarle ambiente más propicio a las especulaciones del espíritu que el bárbaro y soldadesco ambiente patrio, le hizo también un daño: aquel escritor de prosa elegante y suelta se academizó hasta lo increíble; y si bien el prosador se salvó siempre, a pesar de la afectación académica que contrajo, el poeta, siempre en él premioso y nada fluido, llegó a los más yermos rincones del Parnaso, en una devoción encogida de antiguos poetas españoles. / Aquellas odas en liras a Colón, a la Anunciación; la oda en sextinas a Isabel II, toda aquella poesía yerta y amanerada, que tanto celebraban los académicos madrileños, vale a nuestros ojos modernos bastante menos que la última plumada del prosista insigne. Por lo demás, academizado o no, en España o fuera de España, nunca fue Baralt poeta espontáneo.”, *Ensayos históricos*, op. cit., p. 344.



sión, nitidez y elegancia, cualidades poéticas por las que el cordobés mostró siempre un gran aprecio:

Como poeta dista mucho Baralt de ser espontáneo e inspirado; pero el estudio, el buen gusto, la reflexión y la crítica, sirven siempre de guía y prestan a sus versos enérgica concisión, nitidez y elegancia. / Durante algún tiempo, Baralt se dejó llevar por la corriente del Romanticismo; pero pronto se detuvo y hasta retrocedió contra la dicha corriente hasta volver a un atildado neoclasicismo, en el que se nota el influjo de la escuela sevillana, si bien con más sencilla y sobria naturalidad y con menos pomposa grandilocuencia. / Hay no pocos versos de Baralt, ora inéditos, ora insertos y olvidados en publicaciones periódicas que, reunidos y dados a la estampa en un volumen, serían ciertamente ejemplo y muestra de discreción ingeniosa y de primor de estilo. / No carecen tampoco los versos de Baralt de aquellos apasionados sentimientos y de aquella poética admiración de la Naturaleza que se advierte en los versos de don Nicasio Álvarez Cienfuegos, a quien Baralt se parece en esto, aunque no incurre en iguales rarezas y extravíos. Tanto en Baralt como en Cienfuegos hay algo de aquel romanticismo en germen que, partiendo de Rousseau y pasando por Bernardino de Saint-Pierre y por Chateaubriand, llegó hasta nosotros. Hermoso dechado de este lirismo sentimental y melancólico es la preciosa composición *A una flor marchita*, donde, con arte magistral y atinado esmero, lucen las galas de la dicción poética, que no sirven para cubrir lo vano o falso de lo sentido o imaginado, sino para realzar y acicalar lo que se imagina y se siente.<sup>65</sup>

Pero, el poema de Baralt que prefiere Valera será su famosa “Oda a Colón”, premiada en 1849 por el Liceo Artístico y Literario de Madrid:

Nosotros, con todo, aunque los versos *A una flor marchita* sean acaso los mejores de Baralt, preferimos la oda *A Cristóbal Colón*, que bien puede competir con los precitados versos y cuya importancia es mayor, así por la grandeza del asunto, como por haber sido premiada por el Liceo de Madrid en el público certamen de 1849. [...], puede decirse de Baralt lo que Horacio dice de sí mismo, que como la abeja liba las flores para sacar de ellas la miel, así compone él sus versos. Harto se notan en ellos la meditación y el esfuerzo empleados por el poeta para producirlos y ordenarlos al fin que se propone, pero el poeta consigue este fin.<sup>66</sup>

65. J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 1356.

66. *Ibidem*.



Una oda muy conocida en la época, si hemos de dar crédito a Valera<sup>67</sup>, y muy elogiada por él, aunque no sin una puya de carácter extraliterario:

Sus imitaciones y recuerdos se hayan tan bien traídos, evocados y adaptados al asunto, que realzan lo original y propio cuando se nota que esto no disuena ni desmerece de lo imitado ni por brío ni por hermosura. Así, la magnífica descripción del Nuevo Mundo que Colón descubrió. Lo que dicen Argujio y Góngora en alabanza del Guadalquivir nos parece lo más bello, más verdadero y más a propósito en alabanza del Amazonas. / Toda la composición es bellísima, y aunque muy extensa, se mantiene siempre a la misma altura, sin desmayar ni abatirse. Aquella labor del saber reflexivo se iguala casi con lo que la inspiración genial hubiera podido crear y que rara vez crea sin desorden ni confusión en su raptó y sin exponerse en su vuelo a peligrosas caídas. [...]. Todo en ella es entusiasta y parece inspirado, sin que deje de parecernos razonable, si se exceptúa en una ocasión sola, y aun así, Baralt tiene disculpa, porque si yerra es vaticinando, y es harto difícil hallar y mostrar el error del vaticinio. En su afirmación de vidente o profeta, Baralt coincide, además, con otros escritores y pensadores americanos, que ponen, como él, el porvenir del humano linaje en el vasto continente que descubrió Colón, imaginando antes, con tan enérgica convicción que hace sospechar deseos parricida, la ruina total de la vieja y viciosa Europa, cuya cultura, poder, esplendor y riqueza irán a refugiarse en América. [...]. La ominosa amargura de Baralt, convertido, como Calcas, en *adivino de males*, amenazando a las naciones europeas con inminente barbarie, con centellas y rayos y otras tremendas manifestaciones de la cólera divina, en castigo de nuestra perversidad y de nuestra inveterada persistencia *en la mentira y en el delito*, es ominosa amargura que, si no merece absolución, tiene alguna explicación, cuando recordemos el momento en que Barat escribió su oda, conmovida Europa hasta en sus cimientos por violentas revoluciones políticas y sociales que llena-

67. Comenta al respecto Valera, en nota al ya citado ensayo “De la poesía del Brasil” (1855): «Nuestros poetas hispanoamericanos también [como los brasileños] se han inspirado a veces muy enérgicamente en la hermosura de la Naturaleza de su país natal, y la han descrito en armoniosos y sentidos versos “¿Quién no conoce estas estrofas de la oda a Colón del señor Baralt? / “Allí fieros volcanes, / émulo al ancho mar lago sonoro, / tormentas, huracanes: / son árboles y piedras un tesoro, / los montes plata, las arenas oro. / Allí raudo, espumoso, / rey de los otros ríos se desata / Marañón caudaloso / en crespas ondas de luciente plata / y en el seno de Atlante se dilata.”, *ibidem*, pp. 32-33. Es muy probable que Valera haya transcrito los versos de memoria, porque presentan variantes, textuales y de colocación, si se cotejan con los incluidos en la edición de la oda de 1850 (Madrid, Imprenta de la calle de San Vicente): en la página 16 de esta, que empieza con el verso 111, puede leerse: “Allí raudo, espumoso, / rey de los otros ríos se arrebata / Marañón caudaloso / en crespas ondas de luciente plata, / y en el seno de Atlante se dilata. // De la altiva palmera / en la gallarda copa dulce espira / perenne primavera; / y el Cóndor gigantesco fijo mira / al almo sol, y entre sus fuegos gira. // Allí fieros volcanes: / émulo al ancho mar lago sonoro: / tormentas, huracanes: / son árboles y piedras un tesoro: / los montes plata, y las arenas oro.”



ban de espanto a la burguesía, haciendo temer, con el triunfo del cuarto Estado, la próxima llegada de los tiempos apocalípticos.<sup>68</sup>

Una apocalipsis que no llegó a producirse, como comenta Valera, con algo de esa ironía que tanto lo caracterizó<sup>69</sup>:

Los tiempos apocalípticos no llegaron, y él pudo tranquilamente entrar en la Real Academia Española, y refutar en su discurso de recepción las profecías de Donoso Cortés, harto más crueles que las suyas, porque no nos dejaban el recurso de irnos a América, imitando a Eneas con los penates vencidos y el padre Anquises a cuestas, huyendo de la quema, y diciendo también. «Aquí fue Troya».<sup>70</sup>

### 2.3.2. Heriberto García de Quevedo

Como ya he dicho, también con Heriberto García de Quevedo, de índole y vida arrojadas y aventureras (dio mucho que hablar en la época su duelo con Pedro Antonio de Alarcón<sup>71</sup>), tendrá Valera una temprana relación de amistad: con 23 años escribirá al amigo venezolano desde Nápoles<sup>72</sup> (adonde había llegado don Juan el 16 de mayo de 1847, acompañando, en calidad de agregado sin sueldo, al duque de Rivas, a la sazón embajador de España en esta ciudad), y, a su regreso a Madrid (Valera deja Nápoles en 1849), García de Quevedo será uno de sus “valedores”, como refiere Valera a su padre, algo molesto, dicho sea de paso, por el comportamiento de su tío Agustín<sup>73</sup>; y en

68. *Ivi*, pp. 1.356-1.357.

69. Coincido con la apreciación de A. Amorós: “Si tuviera que resumir en una sola palabra el sentido de la obra literaria de Valera, yo no dudaría en elegir ésta: ironía. (Lo mismo haría en el caso de Cervantes, por cierto)”, *La obra literaria de don Juan Valera. La ‘música de la vida’*, Castalia, Madrid, 2005, p. 18.

70. J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 1357.

71. De su biografía destaca Valera en su “Nota biográfica-crítica”: “Americano, como Baralt, viene incluido también entre los poetas españoles por motivos semejantes. / Nació en Coro, República de Venezuela, en marzo de 1819. Vivió y se educó en Puerto Rico desde la edad de seis años. Siendo ya hombre, emprendió y llevó a cabo largos viajes por América, Asia y Europa, viniendo por último a establecerse en Madrid, donde adoptó la nacionalidad española. Fue muy estimado, querido y protegido de la reina doña Isabel II, y desempeñó algunos importantes empleos públicos, entre ellos el de encargado de Negocios de España en Suiza. / Su índole caballeresca y aventurera y la exaltación y el valeroso menosprecio con que arrostraba y hasta buscaba los peligros le movieron a tener varios duelos, entre otros, uno con el poeta y novelista don Pedro Antonio de Alarcón, y expusieron su vida, como en 1856, cuando al lado de don Manuel de la Concha, marqués del Duero, salió herido en las jornadas en que los progresistas fueron vencidos en Madrid; y acabaron por causarle la muerte por una bala disparada en París desde una barricada por los amotinados de la *Commune*, en el día 6 de junio de 1871.”, *ibidem*.

72. La carta está fechada el 27 de mayo de 1847, J. Valera, *Correspondencia*, Volumen I, op. cit., pp. 45-46.

73. Escribe Valera (Madrid, 27 de marzo de 1850): “El tío Agustín sigue dándome consejos, pero toda la substancia de ellos se reduce a que vaya a vivir a una casa más barata, a que sea económico



Madrid parece ser que estudiaron juntos alemán: “Sigo aprendiendo el alemán, en compañía del ilustre Quevedo. El griego no lo abandono y Bedmar me ha regalado una preciosa Biblia en este idioma, que era de su mujer, por lo que tiene doble mérito para mí”<sup>74</sup>. Una relación que se mantiene cuando Valera, en 1853, se traslada a Río de Janeiro, ciudad desde la que enviará a Heriberto algunas cartas –lamentablemente no todas se han conservado<sup>75</sup>– especialmente interesantes desde el punto de vista literario. Cartas en las que, junto a confesiones amistosas (Valera se queja de lo aburrido y de lo mal que se encuentra en Río<sup>76</sup>), y consejos (Valera aconseja a García de Quevedo, entre otras cosas, que evite criticar a los “malos literatos”, tanto más, si piensa vivir de la literatura<sup>77</sup>), encontramos algunas apasionadas e interesantes disputas literarias, a propósito, por ejemplo, de Balzac y de Homero (se trata de una apasionada loa de la *Iliada* y una despiadada crítica de la *Comedia humana*<sup>78</sup>), o de Santa Teresa; y, especialmente, y es lo que aquí más interesa, acerca del poema de García de Quevedo titulado “El Proscripto”, que Valera recibe en Río el 8 de abril de 1853 (“Anteayer, mi querido Heriberto, llegó a mi poder el *Proscripto*, con tu adjunta cariñosa carta, cuyas noticias literarias agradezco.”<sup>79</sup>), y al que don Juan dedica tanto elogios como críticas; entre los primeros, el interés, la belleza y la inspiración con la que “pinta” los sentimientos amorosos, y, entre las segundas, el exce-

---

y, en último resultado, a que me jeringue. Si no tuviera yo más consejero y valedor que tío Agustín, ya estaba aviado. / A quienes estoy agradecidísimo es a los literatos que me han recibido y que me tratan cariñosamente. Quevedo me ha dicho que escriba una novelilla y él la dará a un periódico titulado *La Semana*, que me la pagará.”, *Ivi*, p. 79.

74. *Ivi*, p. 84.

75. En la que le envía con fecha 1 de mayo de 1853 escribe Valera: “Harto sabes que en mis otras cartas, a propósito de tus versos, elogí tu noble carácter, y que creo que el hombre elocuente ha de ser *vir bonus*”, *Ivi*, p. 217.

76. Ver *Ivi*, pp. 215 y 231.

77. Dice así Valera: “[...] pero no apruebo esa furia constante contra los malos literatos, [...]. Bueno es que satírices *en prosa*, cuando venga muy a pelo, las necesidades y absurdos de ciertos dramas; mas, por lo mismo que ellos son tan ruines, no han de entrar ni con sambenito en un poema. Y aún sería mejor que te llevases bien con esos señores poetas y comediantes. Acuérdate, ya que piensas vivir de la poesía, de lo que dijo un antiguo camarada: *Quod non dant proceres, dabit histrio* [Juvenal, *Sátiras*]. Esto lo pongo aquí como de paso. No quiero predicarte un sermón de moral utilitaria. Si le predicara, pondría por texto: *circumspicit et stimula vos, / materianque sibi ducis indulgentia quaerit*. / Pues ya que la hay, no entiendo que te desdore en aceptarla y aun en pretenderla, cuando lo que para algunos de los pensionados es verdadera indulgencia, en ti sería justicia, como lo ha sido en Baralt, Valladares y otros buenos ingenios. Estar pensionado no es estar vendido; si lo fuera, no te lo aconsejaría yo.”, *Ivi*, pp. 216-217.

78. Entre otras cosas, afirma Valera: “Prefiero la peor novela de Walter Scott a toda la *Comedia humana*. Y si Balzac es un Dante o un Homero, ¿qué será entonces Walter Scott? ¿Qué será Boccaccio, cuyo Decameron merece mejor el título de *Comedia humana*? En fin, Dante y Homero nos perdonen de que nos atrevamos a compararlo con Balzac.”, *Ivi*, p. 214.

79. *Ivi*, p. 213.



sivo personalismo de su autor, la falta de unidad del poema y algunos “descuidos” de estilo, lingüísticos, que resultan especialmente interesantes sobre todo para los estudiosos de Valera, por lo que revelan de él, especialmente en lo referido a las razones de su “famoso” leísmo y a su relación con los neologismos (recuérdense también sus palabras sobre los anglicismos):

Acusas a Byron de personalismo y tú padeces el mismo achaque<sup>80</sup>. En Alfredo te has querido retratar, de modo que cuando habla, siente o piensa Alfredo, es lo mismo que si hablaras, sintieras o pensaras tú, y vuestras dos personas formáis una entidad inseparable<sup>81</sup>. Carece el Proscrito de aquella unidad armónica que da hermosura a la Segunda vida, donde todo conviene al mismo fin, el amor de los dos héroes, asunto del poema. Las aventuras de Alfredo son, con todo, interesantísimas, y algunos de los cuadros en que van descritas exactos y bellos. Alfredo buscando la verdad y Adela el dinero, forman un contraste dramático admirable. En estas escenas primeras más me quejo de la concisión que de la prolijidad. El diálogo de la tía y la sobrina pudiera ser más largo. Tus personajes hablan poco cuando tú no hablas por ellos. [...]. / Los cantos, las meditaciones, la parte lírica, por decirlo así, del poema, es muy hermosa. El lenguaje lo es también, y lo fueran más si no mancharan su pureza algunos neologismos prosaicos, por ejemplo, *en detalle*, frase comercial y galicana. Asimismo, quisiera yo que adoptases y usases constantemente el *le* en lugar del *lo*, como acusativo del pronombre *él*; de esta manera se conserva sin confusión el primor que a nuestra lengua presta el pronombre neutro *lo*, que hace a veces relación a frases enteras, y que por su misma vaguedad es en extremo filosófico y *comprendivo*. Porque, v. gr.: con lo *vi* puedes significar que viste todo lo visible, mientras que con le *vi*, no das a entender sino que viste un objeto determinado. Galiano, con estas y otras reflexiones, me convirtió al *le*; espero que tú te conviertas ahora. [...] / En fin, la leyenda de Alfredo, con defectos, como toda obra de hombre, tiene, a mi ver, notables bellezas; y repito en esta carta lo que dije en la pasada [carta no recogida en el epistolario] que deseo que escribas algo con detención, cuidado y tiempo, pues será excelente. No me detengo en elogiar la ternura, la inspiración y la gracia delicada con que pintas el amor de Alfredo y María. Esto es lo más perfecto del poema y lo más sentido.<sup>82</sup>

80. Ver *Ivi*, p. 652.

81. Tema sobre el que vuelve, y sobre el que especifica lo siguiente: “Quiero hacer aquí una aclaración sobre lo que digo de que te retratas en *Alfredo*; es a saber: que yo no hallo malo que, teniendo en ti mismo un buen modelo, le copies, [...]. Lo que yo critico es que te pongas a veces tan a las claras en lugar de Alfredo, ingiriendo episodios verdaderos de tu vida real, con los fingidos de la suya.”, *Ivi*, p. 216.

82. *Ivi*, pp. 214-215.



Un tono de consejo que volvemos a encontrar en la misiva que Valera envía a García de Quevedo un mes después, en mayo, de nuevo desde Río de Janeiro, y en la que, tras hacer alguna breve referencia al *Proscripto*<sup>83</sup>, intenta disuadir al amigo de la escritura de un vasto poema “humanitario” (“palabrilla, entonces, de moda”): “Leo en el prólogo del *Proscripto* que piensas publicar una serie de leyendas, animadas todas de la misma idea y encaminadas al mismo fin, por manera que vengan a formar *un vasto poema humanitario*, o si tus fuerzas no alcanzaren a tanto, el embrión al menos de la gran epopeya.”<sup>84</sup> Un proyecto, a su juicio, imposible, no por falta de talento de Heriberto García de Quevedo, sino por la imposibilidad objetiva de crear una obra que contuviera en sí todas las ideas y sentimientos de la mente humana:

Creo que tienes talento poético y estilo propio, y que tu alma se puede derramar en una serie de obras, reproduciendo en cada una de ellas algunas de sus facetas, y conservando siempre su originalidad y su unidad. Con lo cual y con la grandeza de tus conceptos, pondrás el sello de la vida en esos poemas, y por lo que tu vida tiene de semejante con las otras almas humanas, los harás simpáticos y hasta humanitarios, puesto que la palabrilla está de moda. / Interpretada así tu pretensión, se ve que es muy alta, pero no imposible ni exagerada. Al conjunto de las obras de Byron o de Goethe, da unidad el alma misma de los autores, y *humanitarismo* lo que tienen ellos de humanos. Lo que no hay, ni ha de haber en el día, es una fórmula suprema, una idea que contenga en sí todas las otras ideas, sentimientos y fantasmas que existen en la mente humana. Buscar esta fórmula y esta idea, es aún más absurdo que buscar la ciencia transcendental, y no se ha de suponer que, sin esta fórmula suprema, sin esta idea comprensiva (que para los creyentes existe sólo en Dios, y para los incrédulos que no desatinan mucho no existe en parte alguna) sea dado a nadie escribir un

83. Vuelve sobre el tema de la unidad y comenta: “[...] yo no he de ser hipócrita contigo. Y así empiezo por asegurarte que tu Alfredo me gusta, y que di al cabo con la unidad que buscaba”, *Ivi*, pp. 216-217.

84. *Ivi* p. 217. A estas líneas está haciendo referencia Valera: “Al que leyere”: “Heme propuesto, amigo lector, escribir una serie de poemas que, tendiendo todos al mismo fin, formen, al modo de los eslabones de una cadena, y según mis cortas fuerzas alcanzaren, si no el complemento rico de belleza y convicción, el feto, siquiera informe, de la grande epopeya humanitaria que las orgullosas miserias de nuestro siglo, descreído y egoísta, imperiosamente reclaman. / *El Proscripto*, que ahora te presento, es el tercer eslabón de aquella cadena que empecé con los otros dos que acaso te sean desconocidos: *Delirium* y *La Segunda Vida*. / El pensamiento civilizador, que atraviesa como una línea tangible y de un polo al otro dichas obras, es el mismo en el fondo, siquiera distinto en los medios: el pensamiento moral del Evangelio, la redención por el amor.”, *Obras poéticas y literarias de Don J. Heriberto García de Quevedo*, Dramard-Baudry y Ca, París, 1863, p. 111.



poema que responda, en la época presente, a lo que fue la *Iliada* en los tiempos de cándida ignorancia.<sup>85</sup>

Una recomendación que se convierte en súplica, y en defensa de ese ideal de arte puro, de arte por el arte, ya apuntado en nota, que animó siempre a don Juan Valera:

Te suplico y conjuro para que no escribas poema humanitario. Escribe dramas, leyendas, novelas, donde pueda tu imaginación campaar libremente y lucir sus galas, y divertir e interesar a los lectores. Cuando vayas a escribir, encierra la enciclopedia con cien llaves, como Lope encerraba los preceptos, y, libre ya de ese incómodo bagaje, monta en el hipógrifo y vete al país de las hadas, como Wieland en busca de Oberón. Procura que la maraña de la fábula esté bien urdida, que el lenguaje, que en tí es naturalmente bello y rico, sea clásico y perfecto, y los versos robustos, y el estilo conciso, y los consonantes difíciles; y con esto, y con la afluencia que tienes, y con la inventiva y los sentimientos generosos y grandes, podrás ser eminentísimo entre los modernos poetas españoles; lo cual no es poco decir pues algunos hay excelentes y egregios, [...]. Haz, querido Heriberto, por deleitar a los lectore y no los abrumes con documentos. Advierte que te hablo como amigo sincero, y en la persuasión de que puedes ser mucho. Gil Blas fue un mentecato en dar consejos al arzobispo, que ya no se había de corregir y pecaba de falta de vigor y de sobra de años. Tú pecas de lo contrario, pues, aunque no eres muy mozo, te bulle la sangre a borbotones, y quisieras engendrar tu *Verbo*, y que ese verbo encerrara en sí todos los seres, como el huevo que puso la Noche.<sup>86</sup>

Y, precisamente, serán, a juicio de Valera, la copiosa capacidad creativa de García de Quevedo, su “megalomanía”, y su excesiva confianza en sí mismo, las causas de su fracaso como escritor:

su poder creador de poeta se debilitó en García de Quevedo por la desatada abundancia con que brotaba y se difundía. Fue como un torrente que desciende de la montaña, sin ir comprimido en un cauce y

---

85. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen I, op. cit., pp. 217-218. Tras lo cual reflexiona Valera sobre algunos temas de fundamental importancia en su pensamiento, que anticipa en estas cartas, y sobre los que volverá a menudo en su obra crítica: el hecho de que el cristianismo no haya sido capaz de crear un poema como la *Iliada*, la imposibilidad de un acuerdo entre la ciencia y la poesía, su defensa de la forma y de la belleza literarias y su rechazo del arte docente. Cuestiones y principios que reaparecen en el que se considera como su primer ensayo publicado “Del romanticismo en España y de Espronceda” (Madrid, 1854).

86. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen I, op. cit., pp. 223-224.



que se pierde y se derrama en el hondo valle, pugnando en balde por volver a subir hasta el elevado nivel de que había descendido. / Nada más contrario a la poesía lírica que el empeño de hacer de ella un oficio y ganarse la vida escribiéndola. Todavía se concibe que se escriban de tal suerte dramas, novelas y cuentos; pero aún así, siempre se resiente de la violencia y de la premura con que está escrito lo que a destajo se escribe. [...] /. La *megalomanía* de García de Quevedo, influyendo no menos en los actos de su vida que en sus escritos, le llevó a componer tres a modo de epopeyas simbólicas, filosóficas y sociales, donde quiso competir con Goethe, con Byron y con Víctor Hugo. Es cierto que no lo consiguió, pero también es cierto que en *Delerium* [sic], en *El proscripto* [sic] y en la *Segunda vida*, que son las tres mencionadas epopeyas, hay algunos bellos trozos de poesía lírica que prueban el gran talento del poeta y las nobles prendas y la actitud que había en él para crear obras muy estimables y amenas, si su ambición y extremada confianza en el propio valer no le hubiese extraviado.<sup>87</sup>

Unas críticas a las que se pueden sumar otras<sup>88</sup>, que no llegaron, con todo, al rigor censor de Menéndez Pelayo, según indica el propio Valera, que encuentra cierta disculpa al fracaso del venezolano en el ambiente literario español, como puede apreciarse en unas líneas en las que reúne don Juan las figuras de Heriberto García de Quevedo y de Baralt, destacando sus respectivas cualidades en una hipotética síntesis ideal que revela mucho de su propio ideal estético:

Con no menos imparcialidad y tino que a Baralt, estudia y juzga Menéndez y Pelayo a este poeta en su *Antología de poetas hispanoamericanos*. Yo me inclino, con todo, a ser con García de Quevedo menos riguroso en la censura que el mencionado y discretísimo crítico<sup>89</sup> y mucho más generoso en la alabanza. / Si la variada y no escasa intrucción de García de Quevedo hubiera tenido por base sólida los estudios clásicos de Baralt, y si la circunspección, la sobriedad y el acendrado buen gusto de Baralt hubieran podido combinarse con la espontaneidad y con el entusiasmo fervoroso de García de Quevedo, sin duda que éste hubiera merecido alcanzar y

87. J. Valera, *Obras completas II*, op. cit, p. 1358.

88. Entre ellas, la que Valera hace a los himnos que García de Quevedo dedica a Italia y a Pío IX, que “no pudieron hacer del poeta venezolano sino un oscuro discípulo de Gioberti y un erudito y exótico imitador de Manzoni”, *ibidem*; o las que tienen por blanco la producción dramática del venezolano, aunque intente al final suavizarlas: “Como autor dramático, el señor García de Quevedo se ensayó en todos los géneros, si con poco estro y corta habilidad, con menor fortuna. Acaso el público, movido por sus émulos y por una crítica adversa, fue con él sobrado severo. Tal vez no valían más que los suyos bastantes dramas de los que por el mismo tiempo se representaron con aplauso.”, *Ivi*, pp. 1358-1359.

89. Valera reproduce textualmente algunas de las críticas de Pelayo, ver *Ivi*, p. 1388.



hubiera alcanzado vasta y duradera fama de egregio poeta, viendo realizados sus ambiciosos sueños de gloria<sup>90</sup>. Sus altas aspiraciones tal vez no se calificarían hoy de tan desmedidas por lo malogradas que fueron. Quién sabe si no contribuyeron también a que se malograsen, además de los errores y los defectos del poeta, el medio ambiente en que éste vivía, el público español cansado por entonces de versos, y la carencia de un propósito, de un fin ideal y elevado adonde el poeta se dirigiese, propósito y fin más difíciles de hallar que por otros, por García de Quevedo, que era, al cabo, extranjero en España. / Su inspiración cosmopolita y los más hermosos versos que de ella nacían no hallaban en España un gran público simpático que se conmoviese con ellos y que los aplaudiese. Ni fuera de España, debilitada nuestra nación por continuas y estériles guerras civiles y poco autorizada en los países extraños, podían lograr dichos versos celebridad y resonancia.

Sea como fuere, lo cierto es que Valera sólo parece apreciar, de toda la obra de García de Quevedo, su prosa, en la que encuentra originalidad e interés, especialmente, en *Tisaferna*:

La facilidad y la destreza con que García de Quevedo imitaba en verso los estilos de otros autores<sup>91</sup>, contribuyeron no poco a que no apareciese en verso el propio estilo suyo. En prosa, en cambio, no suele remedar García de Quevedo el estilo de nadie. Es más natural y sencillo. Dice lo que siente o piensa, sin recordar cómo otros autores pudieron decirlo o lo dijeron. De aquí la espontánea originalidad de su prosa, bien patente en sus cartas, narraciones o pensamientos, y, sobre todo, en un extraño monólogo, al que no sabemos por qué titula *Tisaferna*. Puede calificarse este monólogo de algo a modo de breve autobiografía; de confesiones, no de exteriores casos de su existencia, sino del estado y de las pasiones de su alma. / Lo que allí nos descubre y nos cuenta interesa mil veces más que

90. También el padre F. Blanco García achaca a García de Quevedo falta de sobriedad: “[...] poeta que se educó principalmente con la lectura de los autores italianos, y que tuvo siempre aficiones al cosmopolitismo literario, traductor de Byron, Filicaja y Manzoni, a pesar de lo cual siguió con fervoroso entusiasmo los erráticos vuelos de la musa de Zorrilla. Cundieron más que las poesías propias y originales, las en que (*sic*) colaboró con el maestro, imitando su estilo con precisión nimia, hasta confundirse en una las dos personalidades literarias. En la *Corona poética de María* desempeñó la última y más larga parte, de tan espontánea fluidez como la primera y de gusto incorrecto y amplificador. En las octavas reales a *La fe cristiana* pueden tolerarse la verbosidad y el desleimiento, en gracia de aquella rontundidad y armoniosa cadencia, y de aquel inflamado lirismo al que sólo falta la sobriedad. Quizá no alcance esa disculpa a las desarregladas y voluminosas narraciones en verso *Delyrium*, y *El proscripto*, para no hablar de *Un cuento de amores* que comenzó Zorrilla, y en cuya continuación emula García de Quevedo la fantasía creadora, la brillantez y gala de su modelo, aunque, como él, derrochando epítetos, versos y descripciones.”, *La literatura española en el siglo XIX. Parte primera*, Sáenz de Jubera Hermanos, Editores, Madrid, 1899 (segunda edición), p. 185.

91. Como se acaba de ver en la nota precedente.



todos los lances y aventuras de sus héroes épicos y dramáticos. Lo que allí nos cuenta y descubre está mejor observado en íntimo examen de conciencia y está, además, contado con cierta sinceridad candorosa. El poeta, escribiendo en prosa, aparece más poético que en sus poesías. Al introducirnos en su intimidad es más simpático que cuando escribe en verso, sin duda pensando siempre en el público, que habrá de leerle, escucharle y aplaudirle. El alto concepto, que a veces tiene de sí y de sus vehementes aspiraciones de todo género, se aparten de su alma y tal vez dejan entrada al más lastimoso desaliento: a la desesperanza y a la duda del propio valer. El poeta no desespera, con todo. La fe religiosa le sostiene, y su noble resignación infunde piadoso aprecio sin humillarle.<sup>92</sup>

### 3. Cuatro continuadores de las letras españolas

Hemos pasado, como ha podido verse, de una extrema admiración, la que siente Valera por Bello, al tono marcadamente crítico con el que enjuicia la obra de Heriberto García de Quevedo –en medio, Pérez Bonalde y Baralt–. Pero, más allá de estas diferencias, se trata de cuatro autores que para Valera poseen una característica común: los cuatro representan la continuidad de la cultura española, como corrobora en una importante carta, fechada en Madrid el 18 de septiembre de 1892 y dirigida a Menéndez Pelayo, en la que destaca, por el contrario, la “originalidad” de la obra de Rubén Darío, a quien consideraba el primer escritor genuinamente americano de nuestras letras, y por quien sintió y demostró, pese a alguna pequeña crítica, una gran admiración:

Yo estoy muy decaído de cuerpo y de espíritu y apenas tengo fuerzas para escribir. [...]. Anoche, por ser sábado, tuve aquí mi pequeño aquelarre literario. Acudieron a él P. Alcalá Galiano, Narciso Campillo, Correa, Miguel de los Santos Álvarez, mi primo Joaquín, si no por literato por pariente; Salvador Rueda y dos *chichitos*: el delegado del Ecuador en la Exposición, que es un majadero benigno<sup>93</sup>, y Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convezco más cada día. Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros

92. A lo que añade: “Como aspiraba a todo: a gran poeta, a filósofo, a héroe y hasta a caballero andante y enamorado, no se comprende bien si la persona en que se cifra el principal objeto de su amor es más o menos real o más o menos alegórica.”, J. Valera, *Obras completas II*, op. cit., p. 1359.

93. Sobre él, recuerda Rubén Darío en sus páginas autobiográficas: “el delegado por el Ecuador, don Leónidas Pallarés, artista, poeta de discreción y amigo excelente”, R. Darío, *Autobiografía de Rubén Darío*, Red Ediciones, Barcelona, 2012, p. 55.



dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro, y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí, sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además no lo diré imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semi-español, semi-indio. ¡Cómo se contrapone al otro *chichito*, cuyos versos son una decimaquinta dilución de Bécquer en líquida tontería! Y ya en Bécquer había algo de dilución de Heine. Mientras que en Rubén Darío hay, sobre el mestizo de español y de indio, el extracto, la refinada tintura del *parnasiano*, del decadente y de todo lo novísimo de extranjis, de donde resulta, a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto. Ni hay tampoco afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es muchacho de veinticuatro o venticinco años, de suerte que yo espero de él mucho más. Y me lisonjeo que usted ha de pensar como yo cuando lea con atención o bien oiga lo que escribe este poeta en prosa y en verso. Y no me ciega su facha, que no es todo lo buena que pudiera ser, ni su fácil palabra, porque es encogido y silencioso.<sup>94</sup>

Y así recuerda Rubén Darío a Valera: “Uno de mis mejores amigos fue don Juan Valera, quien ya se había ocupado largamente en sus *Cartas Americanas* de mi libro *Azul*, publicado en Chile<sup>95</sup>. Ya estaba retirado de su vida diplomática; pero su casa era la del más selecto espíritu español de su tiempo, la del «tesorero de la lengua castellana», como le ha llamado el conde de las Navas<sup>96</sup>.”

Y amén de tesorero de la lengua castellana y extraordinario escritor, Valera fue uno de los mayores difusores en la España de la época de las letras hispanoamericanas, incluidas las venezolanas, como

94. J. Valera, *Correspondencia*, Volumen V, op. cit., pp. 425-426. A lo que añade Valera, como cierre de la misiva: “Adiós. Consérvese bueno y venga pronto. Los *chichitos* viven en la fonda de Las Cuatro Naciones”. Se trata de la misma fonda en la que se hospedaba Menéndez Pelayo, según indica Rubén Darío, *Autobiografía de Rubén Darío*, op. cit., p. 56.

95. La elogiosa “reseña” de *Azul* forma parte de las *Cartas americanas*: “*Azul*. A don Rubén Darío. Carta I. Carta II”, J. Valera *Obras completas III*, op. cit., pp. 286-294. Una admiración que se mantiene, a pesar de algunos peros que Valera pone a *Los raros*: “A pesar de lo dicho (y no se enoje el señor Rubén Darío porque lo diga, ya que no lo diría y me callaría si no reconociese en él un notable poeta, quizá el más original y característico que ha habido en América hasta el día presente), a pesar de lo dicho, repito, los versos de Rubén Darío están llenos de novedad y belleza y dan clarísimo testimonio de lo que su autor puede hacer en cuanto prescinda un poco de las modas de París y tome para asunto de sus cantos objetos más ideales y aventuras, escenas y casos más propios de su tierra y de su casta.”, *Ivi*, p. 518.

96. R. Darío, *Autobiografía de Rubén Darío*, ob. cit., p. 59.



hemos tenido ocasión de ver, al recorrer las páginas que dedica en sus ensayos y en su epistolario a figuras tan destacadas, y tan distintas entre sí, como Andrés Bello, Juan Antonio Pérez Bonalde, Rafael María Baralt y José Heriberto García de Quevedo, de los que nos ofrece interesantes noticias literarias y biográficas, y valoraciones y juicios críticos que nos ayudan a comprender el protagonismo y la fama de los que gozaron, por razones diversas y en diverso grado, en la España de finales del siglo XIX.